

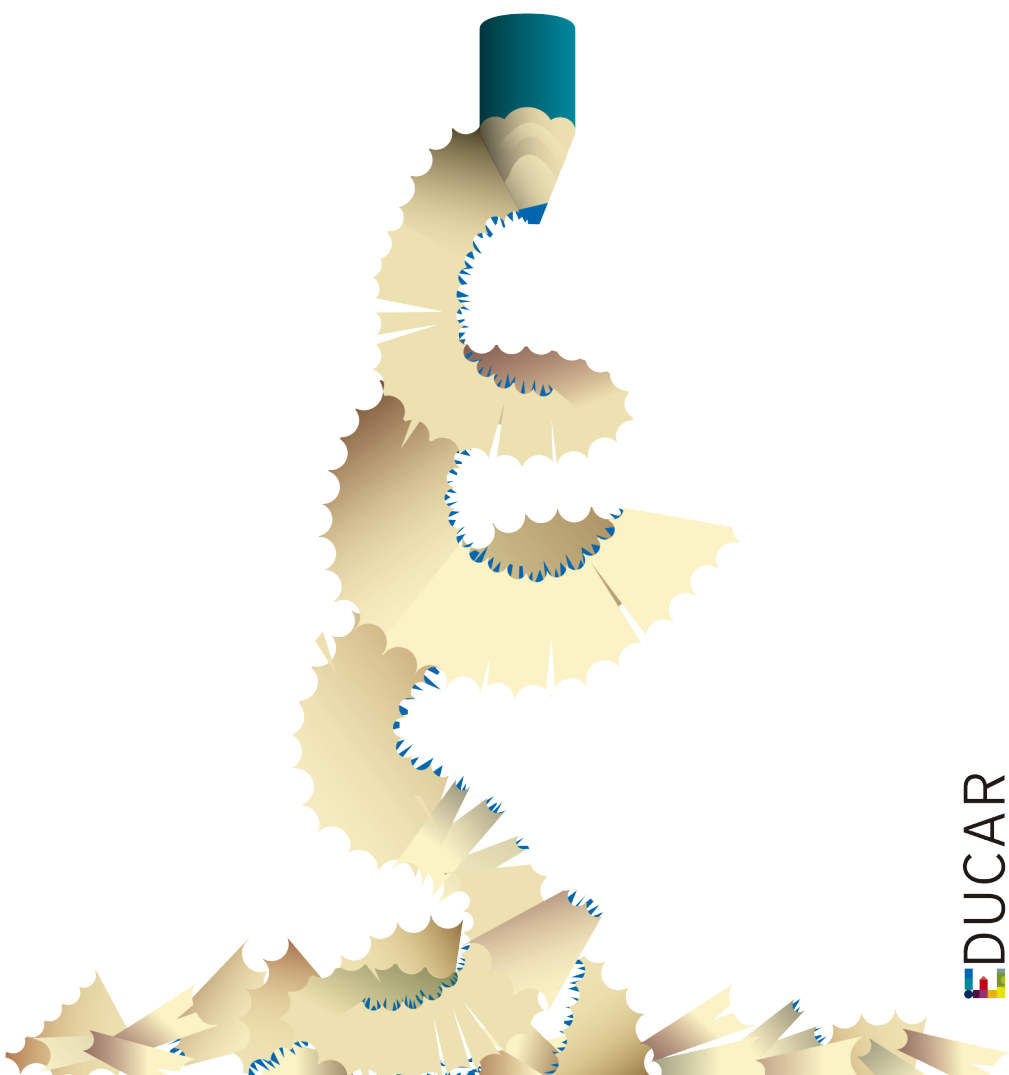
CRONOS VA A MI CLASE



REFLEXIONES SOBRE
EL TIEMPO EN LA EDUCACIÓN

Carmen Guaita

Prólogo de José Antonio Marina



EDUCAR

CRONOS VA A MI CLASE

REFLEXIONES SOBRE
EL TIEMPO EN LA EDUCACIÓN

Carmen Guaita

Prólogo de José Antonio Marina

 DUCAR

P P C


Diseño: Estudio SM
Ilustración de la cubierta: Carmen Corrales

© 2015, Carmen Guaita
© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2850-5
Depósito legal: M-12.800-2015
Impreso en la UE / Printed in EU

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*Para Pilar, Tomás, Miguela,
Isabel, José Carlos, José Miguel, Lara,
Sandra, Marta, Montag, Álvaro
y el extraordinario claustro del C. P. San Miguel.
Y, a través de ellos, para todos
mis compañeros de profesión docente.*

Mi padre me enseñó solamente dos cosas
que no sé si aprendí:
a escuchar y a medir el tiempo.
MARÍA ZAMBRANO

Todas las cosas le suceden a uno precisamente ahora.
JORGE LUIS BORGES

EL TIEMPO Y LA ESCUELA

Casi todo el mundo está de acuerdo en que la educación es una ciencia y un arte. Si esto es verdad, un libro sobre educación debe integrar el saber y la belleza. El libro de Carmen Guaita cumple ambas condiciones, porque está muy bien pensado y estupendamente escrito. Cuando Carmen me envió el manuscrito experimenté una doble sorpresa. La primera, al comprobar que trataba de la relación entre el tiempo y la escuela. La segunda, al percatarme de lo injustificado de esa sorpresa, porque la gestión del tiempo y de sus ritmos es el factor esencial de la educación, y debería saberlo. «El tiempo –escribe la autora– es la esencia de la profesión docente». Comprendí que Carmen había tenido el talento de descubrir lo esencial, que suele estar oculto bajo los escombros de lo accidental.

Hablamos mucho del tiempo, al que dividimos en pasado, presente y futuro. Pero la autora nos recuerda que los antiguos griegos, extraordinariamente perspicaces, distinguían además tres modalidades del tiempo, cada una identificada con una divinidad: Cronos, el tiempo físico. Kairós, el momento oportuno. Y Aión, cuyo significado dejaré para el final.

Cronos es el tiempo que miden los relojes, el común a todos, el de los horarios, los calendarios y los programas pautados. Kairós es el tiempo eminentemente educativo, el que exige atender a la peculiaridad del momento. Como se lee en la Biblia:

Hay un momento para todo y un tiempo
para cada cosa bajo el sol.
Un tiempo para nacer y un tiempo para morir.
Un tiempo para plantar y un tiempo para cosechar.
Un tiempo para lamentarse y un tiempo para bailar
(Ecle 3,1-4).

Eurípides definía el kairós como «la mejor guía para dirigir una actividad», y para los sofistas, tan expertos en asuntos humanos, era «el momento adecuado para hacer algo». Los romanos pintaban a la «ocasión» como una muchacha llevada por el viento, que empuja su cabellera hacia la frente. El refrán español «la ocasión la pintan calva» remite a esta representación plástica. Una vez que ha pasado, ya no puedes agarrarla, porque solo ves su coronilla sin pelo.

Con frecuencia, Cronos y Kairós se enfrentan en las aulas, y esta lucha incruenta, pero dramática, es la que nos cuenta Carmen en este magnífico y oportunísimo libro. En los centros educativos oímos demasiado la expresión: «¡No me da tiempo!». Los interminables programas son la quinta columna de Cronos. Mi afición a la horticultura me hace comparar la educación apresurada con la maduración de los tomates. Se cogen verdes y a los pocos días se han vuelto superficialmente rojos, pero sin madurar. No es de extrañar que los defensores de la *slow education* busquen con ella una *deeper education*. A lo largo del libro se van describiendo, con la ayuda del testimonio de docentes, algunos episodios de esa batalla entre Cronos y Kairós. La necesidad de valorar el hoy. El respeto al tiempo de la infancia. La necesidad de concederse tiempo para dialogar, para preguntar y para pensar, sobre todo en un momento como el actual en que las nuevas tecnologías están provocando una «hiperactivi-

dad informativa» que hace que nuestros alumnos necesiten estar recibiendo mensajes nuevos continuamente.

Hay en las aulas un activismo desmesurado, un continuo trajín de actividades, una fragmentación de los libros de texto, una prioridad de la búsqueda de información sobre la comprensión de esa misma información, que producen un espejismo de aprendizaje. Un utilitarismo mal entendido presiona para arrinconar aquellas materias de las que, por nuestra incapacidad para explicar su profundo valor, se llega a pensar que no sirven para nada. Por eso recomiendo al lector el bello capítulo dedicado al arte como *kairós*. ¿Qué oportunidad nos brinda el acercamiento a la experiencia artística o a la experiencia espiritual o a la experiencia filosófica?

Todo el tiempo educativo debe ser un momento oportuno para la excelencia y el instante en que se decide el futuro. Carmen Guaita desgrana con elegante indignación las oportunidades perdidas, los *kairós* despilfarrados. Recuerdo que, cuando era adolescente, leí una frase de un gran maestro, Pedro Laín Entralgo, que aún recuerdo: «Junto a los asesinos de realidades existen los asesinos de posibilidades. Son aquellos que se pasan la vida perdiendo el tiempo». Muchas veces es lo que hacemos los docentes al permitir que Cronos venza a *Kairós*. No damos tiempo a que nuestros alumnos mediten sobre su singularidad, sobre la igualdad y la diferencia, ni nos damos tiempo a nosotros mismos para meditar acerca de nuestra profesión y sobre la mejor manera de desplegarla.

Al final, la autora nos presenta un «Manifiesto de la escuela del *kairós*», la crónica de una deseable victoria sobre Cronos, que es un brevísimo compendio de alta pedagogía que les animo a firmar.

Recordarán que, al principio de este prólogo, mencioné la tercera modalidad griega del tiempo –Aión– y prometí explicarla. Era una divinidad misteriosa, porque designaba el tiempo de la vida humana y también la eternidad. Era el reconocimiento de que la brevedad de la vida humana conecta de alguna manera con lo que desborda el tiempo. Algo parecido al *eternal now*, el eterno ahora. Me atrevería a decir que Aión es el dios de la *intensidad vital*. Carmen Guaita lo relaciona con los grandes valores, con la ética y con la poesía. Todos los docentes hemos tenido alguna vez la experiencia de un momento educativo luminoso en el que hemos visto cómo los límites del niño y los nuestros propios desaparecen por un instante. En el que sentimos la emoción creadora, que consiste en hacer que algo bello, bueno o verdadero que no existía exista. John Keats, en un conmovedor verso, dice: *A thing of beauty is a joy forever*. En efecto, un momento de belleza es una alegría para siempre. Supongo que esta intensificación que se da en la poesía es lo que ha hecho a Carmen Guaita terminar su libro con una antología de poemas. Al fin y al cabo, educar es una tarea poética. Y la autora quiere que no lo olvidemos.

JOSÉ ANTONIO MARINA

Hace años, uno de mis hijos, aún pequeño, me dijo:

–Mamá, ¿por qué tú nunca paseas?

Yo me quedé asombrada:

–Pero si voy andando a todas partes.

–Sí –me contestó muy reflexivo–, vas a los sitios, pero, ¿cuándo paseas?

La pregunta puede aplicarse también a los profesores. Cronos, el transcurrir del tiempo, va a nuestras clases y las alborota con sus prisas, tanto que apenas disfrutamos de la belleza de nuestra tarea. Nos hace falta escuchar mejor, pensar, mirar despacio a los ojos de otro ser humano, a los de un niño... Sentirnos maestros.

Cumplimos el horario, completamos la programación, pero, ¿cuándo «paseamos» los docentes?

Este libro contiene dieciséis ensayos independientes, un manifiesto y un epílogo. Espero que resulte útil para comprender mejor cuál es la dimensión esencial del tiempo en educación.

CARMEN GUAITA
abril de 2015

CRONOS Y KAIRÓS DEL TIEMPO EDUCATIVO

¿Qué es el tiempo?

Si nadie me lo pregunta, yo lo sé para entenderlo;
pero si quiero explicarlo a quien me lo pregunte,
no lo sé para explicarlo.

SAN AGUSTÍN

—¿Has terminado de copiar el horario?

—Sí, profe. Pero, ¿a qué hora reímos?

—No te entiendo, María.

—Que, en este horario, ¿a qué hora reímos?

ÓSCAR M., maestro de Primaria

Esta mañana, al entrar en el colegio me encontré con Óscar, un joven maestro compañero de claustro, y me confesó que iba como una centella buscando tiempo para completar los informes y las evaluaciones entre mirada y mirada a los ojos de los niños. Reconozco que me enterneció verlo tan serio en su agobio de profesor novato. Como él, al llegar la primavera, todos los docentes solemos encontrarnos a punto de estallar, estresados, afónicos y, con frecuencia, insomnes. Son nuestros trastornos de la estación, cuando la sucesión de festividades y puentes nos echa encima el temario sin acabar y las calificaciones finales de los alumnos nos sitúan ante dudas que dejan chiquitas las de Hamlet. En esos momentos solemos olvidar una certeza: ejercemos

una profesión llena de sentido que por sí misma es capaz de producir una felicidad profunda, a pesar de su enorme exigencia. Así que también en primavera los profesores estamos encantados de la vida, aunque a veces no tengamos la suficiente perspectiva como para darnos cuenta.

Mientras veía alejarse a mi joven compañero de claustro entraron en el aula mis alumnos. Un *flash* de la memoria me trajo la imagen de su primer día de clase, en septiembre, cuando no nos conocíamos aún y ellos se mostraban expectantes ante mí, que disfrazaba de seriedad mi propia expectación. Entre aquel recuerdo y estos chicos y chicas que hoy están hechos, en diferente proporción, a mi imagen y semejanza han pasado nueve meses, la duración de un curso entero, con sus días lectivos recorridos uno por uno. De este período intenso solo puedo evocar fragmentos sueltos, como si mi memoria –tal vez la cualidad más limitada– renunciara de antemano a descubrir los secretos del tiempo. Sin embargo, desde un lugar más profundo que esta pobre memoria, desde un lugar sin nombre, me llega la seguridad de que ese período al que artificiosamente llamo «curso» ha modificado mi realidad y la de los chicos. El tiempo ha pasado, sí, pero a nuestro favor. Sin que pueda fecharlo, hubo un momento en que la mutua expectación se convirtió en empatía; un momento en que renuncié a lograr todo lo me propuse en septiembre; otro en que el progreso de mis alumnos sobrepasó mis objetivos; un momento en que comprendí que el curso había terminado, dijera lo que dijera el calendario; un momento en que fui capaz de lograr la alquimia de la comunicación personal. En alguno de esos instantes, un niño o una niña me abrieron su corazón y entonces atisbé, deslumbrada, el secreto de la felicidad.

El tiempo es el marco de referencia de cada vida concreta. Por eso cualquiera puede escribir un grueso tomo so-

bre el calendario, la medición de los lapsos físicos a lo largo de la historia, la relación entre las fechas y las actividades humanas o el concepto de lo efímero, pero nadie puede escribir un libro sobre el tiempo. Y de lo que no se puede hablar es mejor callar, como decía el sabio Wittgenstein, aunque él se refería a la ética. Pero es lo mismo. Al fin y al cabo, la ética es la comprensión de lo que significa de verdad una vida.

La prisa de mi compañero Óscar, la memoria del progreso de mis alumnos y las expectativas que yo albergo están relacionadas con el tiempo, un don que nos ha sido otorgado para vivir. Sin embargo, como la palabra «tiempo» en lengua española tiene muchos significados, me gustaría imitar a los antiguos griegos y distinguir, como ellos, entre tres variables: *cronos*, *aión* y *kairós*.

Cronos es el tiempo externo y uniforme cuya medida es el movimiento de los astros. Es la arena que cae en la clepsidra, el tictac que no cesa. *Cronos* pasa y no vuelve, se mide y se pierde. *Aión* es la duración de la vida, por fuerza incognoscible. *Kairós* es un dioscecillo capaz de enlazar a los dos anteriores porque es el momento presente, el más real. En la traducción literal del griego, *kairós* es la *oportunidad*.

Cada ser humano posee un tiempo delante de sí mismo y un tiempo en su interior, por eso pudo decir Nietzsche: «En un instante feliz está la justificación de todo lo pasado y lo futuro»¹. Ese instante del *kairós* nos configura como una persona determinada, siempre la misma, pero nunca igual.

El secreto para entender el tiempo educativo es reconocerlo como *kairós*. Hay una manera consciente de ser docente. Es posible concentrarse más en ese privilegio, vivirlo

¹ F. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*. Madrid, Edimat, 2009, p. 260.

con los ojos más abiertos, controlar mejor el tiempo y sus tiempos. Más allá de que, efectivamente, hay que programar la duración física de las clases y la distribución del temario a lo largo del curso, existe otra dimensión que espera nuestra capacidad de estimarla y disfrutar de ella.

La primera clave del *kairós* en educación estriba en distinguir lo superfluo de lo importante. La segunda, en la capacidad de congelar un momento concreto de cada día de clase, un aquí y ahora, una vivencia, para saborearla en el presente, mientras está sucediendo, y para que vaya formando parte de la historia que nos contemos al llegar a la meta. Porque ser docente va de historias. La mía con mis alumnos; la de cada profesor con los suyos; la de los alumnos con nosotros también, por supuesto, pero esa se la contarán a sí mismos. Érase una vez el tiempo...

La tercera clave del *kairós* en educación es su relación directa con la ética. Los docentes no podemos resignarnos a permanecer atrapados en una sola dimensión temporal, aquella que nos constriñe en un planeta chato de timbres que suenan y burocracia. Aunque ese planeta sea inevitable, debemos encontrar un momento de la convivencia diaria con los alumnos para vivirlo a cámara lenta. Y es que enseñar no consiste en resolver la fórmula «alumno $\times$ = tiempo requerido para obtener tal resultado» Se trata de transmitir a la gente joven sentido crítico, valores «empoderantes», conocimientos sobre el presente y el pasado, y apertura mental para que ellos mismos puedan diseñar el futuro que deseen.

El tiempo –esta vez referido a la época en que vivimos– nos obliga a una evolución que actualice la enseñanza, pero mantenga viva su esencia. Esta profundidad esencial es el lugar natural del *kairós* en educación; pero, para alcanzarlo, es preciso reflexionar sobre los otros dos factores. *Cronos*

puede ser un tirano; en el incógnito *aión* debo desenvolver el pensamiento, la libertad y el proyecto personal.

En cada curso que comienza, *Cronos*, *Aión* y *Kairós* vienen a mi clase. Con ellos tengo que contar. *Cronos* es una herramienta; *Aión* es un misterio; *Kairós* soy yo.

HIJOS DE NUESTRO TIEMPO

Ninguna época acumuló tantos y tan ricos conocimientos
sobre el hombre como la nuestra. Ninguna época consiguió
ofrecer un saber acerca del hombre tan penetrante.
Ninguna época logró que este saber fuera tan rápida
y cómodamente accesible.
Y, no obstante, ninguna época supo menos
qué es el hombre.
Martin Heidegger

Se me ocurrió preguntar si alguien
podía explicar el concepto de «infinito»,
y va un gracioso y me salta: «Infinito es un buen colocón».
¡Qué tiempos estos!
MARÍA DEL MAR G., profesora de Matemáticas en la ESO.

A las nueve de la mañana del 11 de septiembre de 2001, dos aviones impactaron contra las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York y las destruyeron. María del Mar, que ya era profesora de matemáticas en un instituto andaluz, vio caer en directo aquellas torres. Estaba frente al televisor de su casa en Almería y eran las tres de la tarde. En aquel momento comprendió que se habían abolido dos referencias básicas para el hombre: el espacio y el tiempo. A miles de kilómetros de distancia, con varios husos horarios de diferencia, un suceso la conmovió tanto como a

quienes lo vivían en realidad, y lo hacía a la vez, en el mismo instante. El espacio –la ubicación física del ser humano– y el tiempo –la ubicación psíquica– dejaban de ser intuiciones puras y propias para sumarse a un magma común que comenzaba a denominarse «globalización». Desde entonces hasta hoy hemos profundizado en ese proceso y ya para los jóvenes *aquí* es todo el planeta y *ahora* es siempre.

Cuando María del Mar entra en cualquiera de las aulas de su instituto encuentra un panorama muy diferente al de hace veinte años. Los valores que ella representa –el conocimiento, la autoridad– han perdido el crédito que los investía y ahora, cada mañana, esta profesora debe ganárselo todo: la atención, el interés de los chicos, la credibilidad, la confianza, el respeto. ¿Son peores estos jóvenes que los de hace veinte años? Por supuesto que no. Cuando María del Mar siente la tentación de evocar algo como: «En mis tiempos estas cosas no pasaban», procura recordar que sus alumnos crecen y se desenvuelven hoy «en sus tiempos».

En 1930, José Ortega y Gasset describió en su libro *La rebelión de las masas* el perfil de sus contemporáneos. Los calificaba como vaciados de su propia historia, sin intimidad, dispuestos a fingir cualquier cosa, incapaces de entender que haya vocaciones particulares, abandonados a la impresión de que la vida es fácil, convencidos de que lo dominan todo, acostumbrados al exceso en lo material, sin autocrítica ni escucha, cerrados a toda instancia exterior, que ni ponen en tela de juicio sus opiniones ni cuentan con los demás. ¿Verdad que el retrato parece actual? Como casi todos los docentes, María del Mar identifica en estas palabras de Ortega a muchos de sus alumnos, pero no los culpa. Al fin y al cabo, los adolescentes reflejan la actitud general de la sociedad, y sus modelos éticos son los que esta les presenta. Esos chicos y chicas preguntan cada día a sus profesores algo

muy difícil de responder: «El esfuerzo que me pides, ¿para qué sirve?». El propio Ortega se lo preguntó también: «¿Puede hoy un hombre de veinte años formarse un proyecto de vida que tenga figura individual y que por tanto necesite realizarse mediante sus iniciativas independientes y sus esfuerzos particulares?»².

El filósofo reflejaba la desesperanza de los años treinta del siglo xx, un período entre dos guerras. La de nuestros chicos se enmarca en el sistema económico y social que nos gobierna, tal vez sucesor natural de aquel triste período de la historia.

A pesar de sus inmensas posibilidades, la sociedad occidental se fundamenta en la circulación del dinero y ha sacrificado el bienestar social por el económico, ahondando así las diferencias. El consumo nos ha tatuado en el alma la famosa frase de Benjamin Franklin: *Time is money*³. Aunque quienes la tradujeron al español adoptaron una forma más amable –el tiempo es oro–, Franklin la escribió como un consejo para hacerse rico y dijo literalmente lo que quería decir: el tiempo es dinero. De ahí a esas jornadas de trabajo interminables que separan a los padres de los hijos o a la invasión de la esfera privada por el trabajo no hay más que un paso, y casi todos lo hemos dado. Por eso hemos llegado a considerar lunáticos a quienes se atreven a decir: ¡el tiempo es vida!

Por otra parte, con las tecnologías de la comunicación, el prójimo es cada vez menos significativo. No sabemos el nombre de nuestros vecinos de escalera, pero podemos des-

² J. ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*. Madrid, Tecnos, 2003, p. 105.

³ B. FRANKLIN, *Advice to a Young Tradesman, Written by an Old One*, en A. HOUSTON, *Franklin: The Autobiography and Other Writings on Politics, Economics, and Virtue*. Cambridge, University Press, 2004, p. I.

velar la intimidad a quienes nunca conoceremos. La solidaridad está más despierta cuanto más lejana es su causa. La vida transcurre proyectada en pantallas que sitúan una barrera entre nosotros y la realidad, por eso podemos cenar tranquilamente frente a imágenes reales del hambre o la guerra. Presumimos de contar con centenares de *amigos* en las redes sociales, nos vamos pasando de unos a otros pedacitos de banalidad e ignoramos que, bajo la oferta de gustos y opciones, solo hay homogeneidad cultural, laxitud moral y una preeminencia de las modas sobre las ideas. Creer que el mundo es tal como se nos presenta por Internet nos hace tan indefensos como a los hombres del Medievo, que no habían salido nunca de su aldea.

El impacto de la sociedad de la comunicación sobre el uso del tiempo tiene derivaciones particulares. Una de las más peligrosas es la respuesta instantánea a cualquier estímulo, que está modificando el ritmo de las relaciones humanas. Si hay algún consejo que ha perdido vigencia es el de «contar hasta diez antes de responder». Si hay algún reto difícil es el de permanecer *desconectado* durante algún momento del día. De hecho, tal vez los únicos seamos, precisamente, los profesores durante las horas de clase.

Por una parte hemos logrado el don de la ubicuidad. Por otra, recordamos las cartas manuscritas que se releían, se guardaban en «jornada de reflexión» antes de echarlas al correo, e incluso llegaban a romperse en pedacitos después de pensadas. Aquella posibilidad nos salvó seguramente de muchos disgustos. Hoy la velocidad de los mensajes obliga a potenciar más que nunca el autocontrol y la autocrítica.

Como sistema de valores, nuestra sociedad contiene demasiada indiferencia. No pensamos en consecuencias a largo plazo, en lo que estamos haciendo con la Tierra, con la infancia, con la justicia. Nuestra vida ya no parece una his-

toria que cada uno escribe, sino un *carpe diem* mal interpretado. En vez de entenderlo como «conviértete en el dueño de tu día» se nos dice que debemos vivir como si cada día fuera el último, es decir, en la agonía. Las preguntas clásicas –¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me cabe esperar?– se convierten en absurdas para quien puede saberlo todo, hacerlo todo, esperarlo todo. Y en cuanto a la pregunta clave –qué es el hombre–, la respuesta es: un adolescente eterno.

El impacto de la globalización sobre los valores se llama posmodernidad. Si el espacio deja de ser el límite de nuestra participación en el devenir de la humanidad y ya no percibimos el tiempo como un proceso, la vida se transforma en una sucesión de presentes. Por eso ya no hay sitio para las virtudes, que son un resultado de decisiones y, por tanto, precisan de un progreso en el tiempo. El presente absoluto solo tiene sitio para las opiniones. Como dijo Groucho Marx: «Estos son mis principios, y si no le gustan tengo otros». Hemos construido así una sociedad sin dimensión interior ni mirada a lo trascendente, indefensa, que cada mañana acaba de nacer.

La primera gran crisis del siglo *xxi* tiene su origen en esta profunda quiebra de la ética. Los que tenemos más edad –una variable del tiempo muy denostada– recordamos con nostalgia el principio clásico que formuló Horacio como: «Hay una medida en las cosas, hay en ellas ciertas fronteras más allá y más acá de las cuales no puede darse lo recto»⁴. Lo curioso es que a veces esta nostalgia nos paraliza. Creer, como Jorge Manrique, que «cualquiera tiempo pasado fue mejor» produce inactividad y resignación, dos grandes enemigos de la ética.

⁴ QUINTO HORACIO FLACO, *Epístolas. Arte poética*. Madrid, CSIC, 2002, p. 196.

Cuando hablamos de recuperar valores no nos referimos a un tiempo perfecto en el cual estuvieron vigentes. Al igual que cada persona debe construir un buen carácter propio –a partir de su temperamento y, por tanto, imperfecto, pero apuntando siempre hacia el futuro–, la suma de nuestras decisiones éticas va construyendo la sociedad. Por eso la ética no es un lugar al que regresar. ¿Qué añoramos cuando hablamos de «aquellos tiempos con valores»? ¿La sociedad feudal? ¿La victoriana? ¿El atroz siglo xx? Podemos echar un vistazo al pasado fácilmente porque lo tenemos frente a nosotros, en el hoy de muchos países: profundas desigualdades, injusticias, discriminaciones brutales, vidas humanas que no valen nada y páramos para la educación. No; la ética no es un pasado que recordar, sino un camino lento, titubeante, pero constante, de progreso humano. Cuando Emmanuel Kant escribió: «Actúa de tal manera que puedas querer que tu comportamiento se torne ley universal; trátate a ti mismo y a cada persona como un fin y nunca como un medio»⁵, no estaba describiendo el mundo en que vivía, sino lanzando un reto a las generaciones siguientes. Y nosotros, sus bisnietos, aceptamos aquel reto y fuimos capaces de escribir una Declaración Universal de Derechos Humanos. Así que la crisis moral no deviene de habernos separado de un edén, sino de haber olvidado la alerta cotidiana de lo ético, que es como un músculo y necesita entrenamiento.

Mientras le damos vueltas a lo que nos ha tocado, María del Mar entra en clase una mañana más. Esos primeros minutos, que son esencialmente un encuentro entre personas, se ven alterados por la presencia invasora de los objetos. Así

⁵ E. KANT, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Ed. P. M. ROSARIO BARBOSA. San Juan de Puerto Rico, 1921, pp. 55ss.

que lo primero que deben hacer los alumnos es apagar los móviles, usar en «modo didáctico» las *tablets* y sustituir los auriculares por la escucha atenta. Para los chicos y chicas de la ESO, la desaparición de sus objetos de culto en el ámbito escolar es un pequeño drama porque, si el hombre es la medida de todas las cosas, el adolescente se mide en ellas. Mientras la profesora apacigua el entorno e intenta crear un ambiente de estudio, piensa en ese aforismo de Protágoras. A ella no le gusta. Le parece que al decir: «El hombre es la medida de todas las cosas»⁶, se equiparan ambos términos y, por tanto, el hombre se convierte en cosa también. En ese momento, María del Mar decide retrasar un poco la explicación prevista y de los cincuenta minutos que le quedan de clase emplea dos en decir: «El hombre no es la medida de las cosas, sino la medida de lo humano. Y eso nos convierte a todos en seres abiertos a nuevas posibilidades de crecimiento, siempre, hasta el último día de cada vida».

La reacción sorprendida de los alumnos suscita un debate que dura cuarenta minutos más, así que las ecuaciones se quedan para el día siguiente. Aun así, cuando suena el timbre de cambio de clase, el grupo de 4º ESO B ha crecido, ha cambiado. Y es que María del Mar, además de álgebra, enseña a distinguir valor y precio, tiempo y dinero. Personifica en vez de cosificar. Sabe que está dejando una profunda huella en el tiempo vital de sus alumnos y no desaprovecha la ocasión de ahondarla transmitiendo de palabra y de obra el verdadero modo de empleo de la vida: los valores.

A María del Mar le asombra esta profecía de Heidegger, realizada antes de la Segunda Guerra Mundial, y la ha leído en voz alta ante su clase:

⁶Protágoras, citado en ARISTÓTELES, *Metafísica*, lib. 11, 1059 k. Madrid, Gredos, 1994, p. 396.

Cuando el último rincón del planeta haya sido conquistado por la técnica y esté preparado para su explotación económica; cuando cualquier acontecimiento en cualquier ocasión y a cualquier hora se haya vuelto accesible con la rapidez que se desee; cuando uno pueda «vivir» simultáneamente un atentado al rey de Francia y un concierto sinfónico en Tokio; cuando el tiempo solo equivalga ya a velocidad, instantaneidad y simultaneidad, y el tiempo como historia haya desaparecido de la existencia de cualquier pueblo; cuando el boxeador sea considerado el gran hombre para la sociedad; cuando las cifras millonarias de las manifestaciones de masas sean los triunfos... entonces, incluso entonces, todavía se cernirán como un fantasma sobre toda esa locura las preguntas: ¿para qué?, ¿hacia dónde?, ¿y luego, qué?⁷

Presenciar el esfuerzo de los chicos por contestarlas ha sido uno de los momentos estelares de la vida de esta profesora. Y es que, por cualquier camino que tomemos, vamos a encontrarnos una y otra vez con estas preguntas. ¡Son las de la vida! Nadie puede renunciar a darles una respuesta, por incierta que sea. Los docentes lo sabemos con una certeza que compartimos con el mismísimo Gianni Vattimo, patriarca de la posmodernidad: «Los sistemas de valores son todo lo que tenemos en el mundo, la única densidad, espesor y riqueza de nuestra experiencia, el único ser»⁸.

Las clases continúan, el curso avanza. Y, con el impulso del futuro, a María del Mar se le oxida la nostalgia. Este es el mejor tiempo de la historia, porque es el nuestro.

Los alumnos de esta profesora andaluza han visto aumentar sus posibilidades y tienen reconocidos sus dere-

⁷ M. HEIDEGGER, *Introducción a la metafísica*. Madrid, Gedisa, 1992, p. 42.

⁸ G. VATTIMO, *Ética de la interpretación*. Barcelona, Paidós, 1991, p. 124.

chos. Están agraciados por la calidad que supone vivir en una democracia, con una ciencia avanzada y con los productos de los que provee la industria. Son iguales ante la ley y cuentan con las cuotas de libertad más amplias que nadie haya tenido a lo largo de la historia. Además, a pesar de la sociedad de consumo, no han perdido la profundidad de su esencia. Tal vez no lo dicen, algunos ni lo saben siquiera, pero hoy, como siempre, siguen necesitando, de la manera más profundamente humana, mirar lo que acontece, pensar lo que acontece, preguntarse por ello. Intuyen que el vértigo de la actualidad no es la plenitud, y que necesitan una dimensión interior. Afortunadamente tienen un lugar donde cargar las pilas –el centro educativo– y la tienen a ella, su profesora.

María del Mar sabe que la tarea docente se realiza de principio a fin en el sistema de valores. Y que desempeñarla bien obliga a realizar un viaje interior con decisión personal, templanza, consciencia y espíritu.

Si saboreamos estas palabras –espíritu, templado, consciente, ser– nos daremos cuenta de que estamos hablando de la dimensión psíquica del hombre: el tiempo. De nuevo lo tenemos aquí, aunque lo creíamos desaparecido en el océano de la globalización. Ahora bien, no estamos hablando del calendario, ni de la programación, ni del reloj, que no son el tiempo, sino toscas herramientas para cuantificarlo. Aún hoy, el tiempo permanece como categoría esencial de la existencia humana, y continúa asociado de manera indisoluble a la educación.

Tiempos complejos, banales, irreflexivos, descoordinados, pero llenos de posibilidades por el simple hecho de que nosotros vivimos en ellos. Los docentes y los alumnos somos hijos de nuestro tiempo. *Ahora* las cosas son así. *Ahora* estas son las reglas del juego. *Ahora* es cuando nos toca ju-

gar. ¿Estamos preparados para afrontar estos retos? No necesitamos astucia; esa ya sobra en todos lados; no necesitamos más voluntad si no la vamos a emplear para mejorar la realidad; ni siquiera necesitamos saberes más precisos. Necesitamos virtudes, las virtudes clásicas, que son los verdaderos y únicos avances de la humanidad: inteligencia, prudencia, sabiduría profunda, conocimiento de nuestros límites, templanza en los juicios, pasión por la verdad, atención a los demás, autocontrol, reconocimiento de que somos una hermandad que solo puede progresar si se ayuda mutuamente. Un centro educativo como el IES de Almería donde trabaja María del Mar es un organismo con capacidad para regenerar la sociedad. Merece la pena intentar salir adelante, no solo por uno mismo, sino por los otros. María del Mar, como otros tantos miles de profesores, lo sabe. La partida, globalizada y todo, también está en sus manos.